

ISSN: 0213-2087 eISSN: 2444-7080
DOI: <https://doi.org/10.14201/shhc20234181105>

ACADÉMICOS EN EL PUNTO DE MIRA. LA VIOLENCIA DE ETA Y SU ENTORNO CONTRA LA UNIVERSIDAD (1995-2011)

*Academics in the Spotlight. The Violence of ETA
and its Surroundings Against the University
(1995-2011)*

Ana ESCAURIAZA
Universidad de Navarra
<https://orcid.org/0000-0003-3441-9857>

Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA
Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo
<https://orcid.org/0000-0002-7574-1159>

Enviado: 14/04/2023 Revisado:16/05/2023 Aceptado: 30/06/2023

RESUMEN: La estrategia denominada «socialización del sufrimiento» comienza en 1995 con el asesinato de Gregorio Ordóñez. También en este momento las universidades del País Vasco y de Navarra vieron cómo la amenaza de ETA se cernía sobre ellas. Una parte de la comunidad universitaria, que desde los años 80 había escrito en prensa para deslegitimar el terrorismo y organizaba concentraciones de Gesto por la Paz en sus campus para protestar contra los asesinatos y secuestros, empezó a estar en el punto de mira de ETA. De la violencia genérica en los campus y en los claustros se pasó a las amenazas con nombre y apellido. De ahí a los escoltas primero y a hacer las maletas para huir del terror después. Esa mayor amenaza creció en paralelo a la resistencia que mostraba la Universidad, siendo precisamente ese combate contra ETA una de las principales causas por las que pasó a convertirse en un objetivo de primera línea para la organización terrorista.

Palabras clave: terrorismo; ETA; universidad; socialización del sufrimiento; académicos.

ABSTRACT: The so-called «socialisation of suffering» strategy began in 1995 with the assassination of Gregorio Ordóñez. It was also at this time that the universities of the Basque Country and Navarre saw the threat of ETA looming over them. Part of the university community, which since the 1980s had written in the press to delegitimise terrorism and organised Gesto por la Paz rallies on their campuses to protest against murders and kidnappings, began to be targeted by ETA. From generic violence on campuses and in the cloisters, it moved on to threats with names and surnames. From there to bodyguards first, and then to packing up to flee the terror. This increased threat grew in parallel with the resistance shown by the university, and it was precisely this fight against ETA that made it a prime target for the terrorist organisation.

Keywords: terrorism; ETA; university; socialisation of suffering; academics.

1. INTRODUCCIÓN

El terrorismo es un tipo de violencia que busca un efecto psicológico, político y simbólico superior al de los daños materiales y humanos directamente producidos por sus atentados (Fernández Soldevilla 2021). Parafraseando un lema de las Brigadas Rojas, el perpetrador golpea a una víctima para asustar a cien. Este método ha sido y es utilizado tanto por actores solitarios como por colectivos de todo tipo, desde organismos gubernamentales a la mafia, pasando por las bandas terroristas: organizaciones de pequeño tamaño que carecen de control sobre un territorio y que emplean las acciones terroristas como principal estrategia para conseguir sus objetivos (Sánchez Cuenca 2001).

Aunque había ejercitado actos de violencia desde su nacimiento en 1958/1959, Euskadi Ta Askatasuna (ETA) no se convirtió definitivamente en una banda terrorista hasta principios de los años setenta, cuando el conjunto de su militancia se subordinó a las órdenes y a las necesidades del frente militar. Como suele ocurrir entre quienes desean imponer su proyecto político por la fuerza, para el nacionalismo vasco radical eran objetivos clave ámbitos como la enseñanza y la juventud: por el dinamismo y el potencial que caracterizan a los jóvenes y porque es la manera más eficaz de conservar y asegurar el futuro de cualquier ideología.

Al igual que otras organizaciones terroristas que pertenecen a la tercera oleada internacional de terrorismo, como las Brigadas Rojas en Italia o la Fracción del Ejército Rojo en Alemania, ETA había sido fundada principalmente por jóvenes universitarios (Rapoport 2004). Tiene sentido por tanto el interés por captar a jóvenes para su causa entre los estudiantes y la consecuente preocupación por parte del Gobierno de que así fuera (Fernández Soldevilla 2018).

Al ser universitarios bastantes de los miembros de las primeras generaciones de ETA, entendían el poder cultural y dinamizador de la universidad. A su vez estaban influenciados por la tradicional reivindicación nacionalista de una universidad

vasca. Además, estos jóvenes formaban parte de la ya de por sí agitada vida universitaria, en la que participaba la militancia de diversos grupos que iban desde los maoístas y trotskistas hasta el Partido Comunista de Euskadi (PCE).

Desde los inicios de la organización, la violencia se utilizó contra quien no cumpliera con los designios del grupo en lo que a materia educativa se refiriera. Tanto es así que el primer ataque contra un ser humano por parte de ETA fue precisamente a un docente, Antonio García Escobar, maestro en Zaldívar (Vizcaya), que sufrió una paliza. Fue acusado de presionar a su alumnado para que no acudiera a actos religiosos en euskera, aunque informes policiales confidenciales indicaban que el motivo real era su conflictiva relación con el sacerdote local (Fernández Soldevilla 2018). El mismo Federico Krutwig, considerado uno de los ideólogos de ETA de los años sesenta, escribió en 1963 que era indispensable el «exterminio de los maestros y de los agentes de la desnacionalización» (Sarrailh de Ihartza 1963).

A pesar de que el mundo educativo ha estado entre los objetivos de ETA desde sus inicios, el fin principal de este artículo es poner el foco en los años conocidos como de «socialización del sufrimiento», es decir, a partir de 1995, que supusieron para la universidad un recrudecimiento de las acciones de ETA contra ella. Para llegar a comprender esa etapa, primero daremos una explicación a por qué la universidad es uno de sus objetivos y qué tipo de institución es la que alienta y promueven.

A su vez, partimos de la premisa de que la universidad no estuvo entre los principales objetivos de ETA. Eso se refleja también en la intensidad y tipo de ataques que recibió con respecto a otros objetivos, como pueden ser las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado en los primeros años o contra representantes políticos en el periodo que se analiza en este artículo. Pero, aun teniendo en cuenta su menor peso relativo, son de una gran relevancia, porque nos permiten conocer al grupo terrorista y hacernos cargo de lo que ETA tuvo –o quiso tener– bajo su influencia mediante el terror. Además de, por supuesto, por lo que a cada una de las víctimas del ámbito universitario en particular les supuso a nivel académico y personal.

2. LA UNIVERSIDAD: ¿UN OBJETIVO DE ETA?

Para entender por qué ETA atenta contra la universidad y cómo lo hace, hay que ahondar primero en el proyecto universitario que alienta el nacionalismo vasco radical, pues, en la medida en la que no consigue sus objetivos, aumentan las acciones violentas contra la institución, al igual que ocurre en otros ámbitos.

Por una parte, la organización criticaba, al igual que otras formaciones nacionalistas, como el PNV, la situación en la que se encontraban los estudiantes vascos y navarros, pues los primeros dependían de la Universidad de Valladolid y los segundos de la Universidad de Zaragoza. Según ETA, que no existiera una universidad pública ni en el País Vasco ni en Navarra y que, por tanto, los jóvenes tuvieran que estudiar en instituciones dependientes de la Iglesia Católica –Universidad de Deusto y Universidad de Navarra, de la Compañía de Jesús y del Opus Dei, respectivamente– o en

universidades de otras provincias, era consecuencia del intento por parte del Estado español de utilizar la universidad para oprimir a la «nación vasca».

Una de las más importantes publicaciones de la primera ETA se refiere al mundo universitario. Se trata de la *Carta a los intelectuales*, difundida en 1965. El grupo terrorista explicaba que el «españolismo», –término empleado para referirse a cualquier ideología no nacionalista vasca, desde el franquismo a la extrema izquierda– se estaba imponiendo de manera evidente en el campo de la cultura y del saber. Por una parte, porque cualquier ciudadano sin cultura tenía más dificultades para rebelarse contra la opresión y era mucho más manipulable: «Es más fácil explotar y dominar una masa inculta que a otra con cierta comprensión de los fenómenos de la vida y de la sociedad. La burguesía lo sabe, y su historia nos demuestra que ha sabido siempre actuar en consecuencia»¹. Por otra, porque si la educación estaba bajo el dominio de España, los vascos no podrían realizarse como pueblo, perderían la lengua y costumbres y, además, se desarrollarían bajo una cultura y un modelo del opresor, con peligro, como ya ocurría con las clases burguesas y los capitalistas, de volverse españoles, olvidando sus orígenes y a su pueblo, a cambio de la posición y el dinero: «El Estado español es hoy el aparato coercitivo de que se sirven los capitalismo vasco y español para conservar sus privilegios»². Además, contaban también con los medios de comunicación de masas para mantener al pueblo en la ignorancia o bajo los parámetros que ellos querían, pues «suministran continuamente los adecuados mitos sociales que completan la tarea de los «educadores»»³.

Para enfrentarse a esta situación agónica y evitar la desaparición de la nación vasca era imprescindible el uso de la violencia: Euskadi necesitaba una revolución integral, no solo en lo económico o en lo social. Una revolución que afectara también «al arte, a la cultura, a la filosofía e incluso a la escala de valores de la sociedad»⁴.

En la *Carta a los intelectuales* se hacía mención directa al hecho de que los vascos «han de exiliarse cada año porque en Euzkadi no cuentan con una Universidad»⁵. Como ya se ha mencionado, al no existir más que universidades de la Iglesia, era cierto que muchos jóvenes vascos y navarros debían marchar fuera de su tierra a estudiar en la universidad, como los de otras muchas provincias, pero la *Carta* utilizaba significativamente el concepto de «exilio», que supone un cambio de país, voluntaria o forzosamente, pero siempre por conflicto con el país de origen o por imposición de las autoridades. De este modo, la lucha por una universidad propia se insertaba en la ideología de ETA y en su intento de crear una conciencia nacional, de acuerdo con sus intereses. Además, ello confirmaba el interés de ETA por influir en todos los niveles educativos, tal y como sucedía con las

1. *Carta a los intelectuales*, 1965, p. 4.

2. *Carta a los intelectuales*, 1965, p. 3.

3. *Carta a los intelectuales*, 1965, p. 3.

4. *Carta a los intelectuales*, 1965, p. 6.

5. *Carta a los intelectuales*, 1965, p. 9.

ikastolas, en pleno auge a finales de los años sesenta, donde también se dio una lucha por su control entre el PNV y ETA. En el fondo, se trataba de fomentar que los vascos pudieran estudiar en su universidad, de forma que la educación estuviera ligada a sus ideas a lo largo de todas las etapas de formación.

Parte de las premisas que se establecieron en la *Carta a los intelectuales* serían implementadas en los cambios derivados de la V Asamblea, cuando ETA se dividió en cuatro frentes de lucha: obrero, cultural, político-económico y militar. Según los postulados de ETA, dada la presión sobre la cultura y el dominio de lo español sobre lo vasco, el pueblo estaba españolizado, pasándose incluso al bando del opresor, porque le faltaba conciencia de clase y porque había sido educado en colegios y universidades de los españoles⁶.

Para ETA, esa colonización a la que el pueblo vasco estaba sometido se concretaba tanto en la explotación económica como en un genocidio cultural, sobre todo en lo referido al euskera. De ahí surgía el principal cometido del frente cultural, que era fomentar la lengua vasca con vistas a imponer el monolingüismo en el futuro: «Luchar por el euskera es motor ya hoy en todos los programas de las fuerzas políticas progresistas, una exigencia irrenunciable»⁷.

El papel de los intelectuales en este marco estaba claro para ETA: eran quienes debían crear conciencia de clase, además de transmitir los conocimientos y la cultura euskaldunes. El objetivo era entonces la independencia y el socialismo, pero también la libertad intelectual y cultural de los vascos. Por eso era necesaria una universidad, pero no una universidad vasca cualquiera (como la que había intentado el PNV antes de 1936), sino una «Universidad Popular Vasca», mezclando también aquí la liberación nacional y social que en teoría pretendía ETA⁸.

Tal y como recoge la recopilación documental más importante sobre los veinte primeros años de historia de ETA, los *Documentos Y*, la cuestión universitaria siguió siendo importante para la organización, aunque no puede equipararse a otros temas omnipresentes en sus boletines y en su propaganda. El frente cultural explicaba que un universitario era un trabajador intelectual y como tal, sufría la opresión capitalista y estatal y formaba parte del pueblo trabajador vasco como los demás. Si era un trabajador, estaba integrado en la lucha global de los trabajadores: «Al universitario se le engaña (se le oprime) científicamente en las aulas con un aparato lógico, matemático, conceptual, sociológico y psicológico que es la expresión más alta y refinada del sistema que nos oprime»⁹.

La respuesta del universitario no debía ser únicamente o en el ambiente universitario o contra la universidad, sino contra el sistema, contra el Estado, «contra la autoridad establecida a nivel político»¹⁰. La lucha del universitario estaba englobada

6. *Zutik*, n.º 51, marzo 1969.

7. *Kemen*, n.º 6, 1971.

8. *Zutik*, n.º 51, marzo 1969.

9. Equipo Hordago, *Documentos Y*, San Sebastián, Lur, 1979-1981, vol. VIII, p. 310.

10. Equipo Hordago, *Documentos Y*, San Sebastián, Lur, 1979-1981, vol. VIII, p. 310.

en la del pueblo trabajador vasco y tenía sentido solo si partía de esa conciencia de clase oprimida y si desarrollaba, como los obreros, la conciencia nacional de clase.

Aunque, como se ha mencionado en la introducción, es cierto que la universidad no era una de sus prioridades, parece evidente que para ETA tenía un papel fundamental en la lucha que planteaba, tanto por el efecto que tendría sobre otros objetivos suyos, como por aprovechar y orientar en su beneficio la protesta que ya se daba en el ámbito universitario. Sus dirigentes eran conscientes de que era el sector más «capaz de sensibilizarse e incluso radicalizarse»¹¹, por encima de la clase obrera, pero también de que era necesario conquistarlo y orientarlo hacia sus objetivos.

Con esta teorización de fondo, y teniendo en cuenta que ETA no deja de ser una organización violenta, no es de extrañar que los primeros atentados contra el ámbito universitario fuesen muy tempranos en su historia. Pero dado que el objetivo del presente artículo es centrarse en el periodo de «socialización del sufrimiento», no ahondaremos en el tipo de violencia ejercida en este periodo que puede consultarse en otros trabajos (Escauriaza Escudero 2022: 41-171).

A lo largo de las dos décadas siguientes, al igual que ocurría con otros ámbitos de las sociedades vasca y navarra, el educativo no fue ajeno a la violencia del nacionalismo vasco radical. Sin embargo, si exceptuamos la cierta fijación de esta banda con la Universidad de Navarra, el mundo académico no fue un objetivo específico y recurrente de la campaña del grupo terrorista. Ahora bien, y manteniendo la premisa de que no fue prioritaria en comparación con otros objetivos, la universidad sufrió con mayor intensidad ser blanco de ETA cuando empezó la «socialización del sufrimiento», como veremos en los próximos epígrafes.

3. LA ETAPA DE «SOCIALIZACIÓN DEL SUFRIMIENTO»

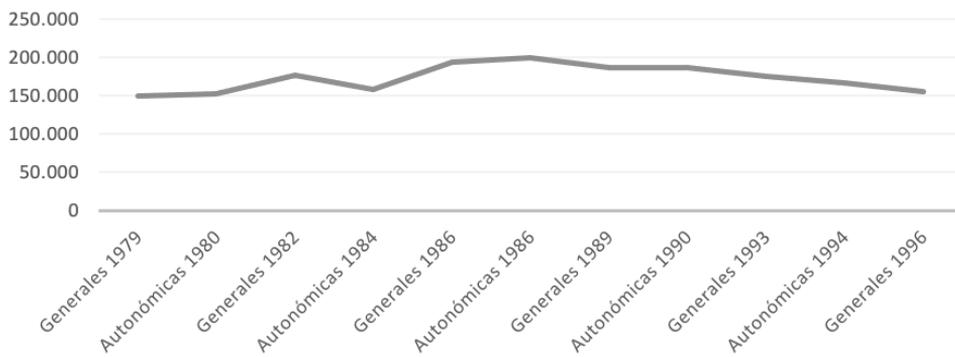
Con el fin de sentar a los representantes del Gobierno en la mesa de negociaciones, como ya había logrado en Argel unos años antes, ETA preparó una gran ofensiva terrorista para 1992. Ese año se iban a celebrar en España tanto los Juegos Olímpicos (Barcelona) como la Exposición Universal (Sevilla), lo que colocaba al gabinete de Felipe González en una situación de vulnerabilidad ante la opinión pública internacional. Tan solo en los tres primeros meses de 1992 los atentados dejaron 19 víctimas mortales y 4 heridos. La campaña fue interrumpida por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad (FCS), que desmantelaron varios comandos. El 29 de marzo de 1992 la cúpula de ETA fue detenida en un caserío de Bidart (Francia). Sus sustitutos corrieron la misma suerte. Como indica Florencio Domínguez (2000: 277-419), «la banda entró en una crisis gravísima». No solo había perdido a su equipo dirigente y sus comandos operativos, sino que se había desvanecido el mito de

11. Equipo Hordago, *Documentos Y*, San Sebastián, Lur, 1979-1981, vol. VIII, p. 312.

que era indestructible. Tanto en el Gobierno como en la «izquierda *abertzale*» se abrió paso la idea de que era posible la derrota policial y judicial de ETA.

La caída de Bidart afectó a la moral del brazo político de la banda, pero este tenía sus propios problemas. Desde finales de los años ochenta Herri Batasuna (HB, Unidad Popular), el brazo político de ETA, estaba experimentando un lento pero perceptible declive electoral. En las elecciones generales de 1996 solo cosechó 154.853 votos en Euskadi (el 12,47 % del total). Además, en la «izquierda *abertzale*» se estaba asentando el temor a perder la calle ante las cada vez más nutridas manifestaciones pacifistas. Estas fueron algunas de las razones por las que a mediados de la década de los noventa el nacionalismo radical dio un viraje estratégico de calado.

1. RESULTADOS ELECTORALES DE HERRI BATASUNA EN EUSKADI ENTRE 1979 Y 1996



Fuente: Elaboración propia a partir de <https://www.euskadi.eus/elecciones/>.

Por un lado, el brazo político de ETA procuró recomponer sus relaciones con el PNV y Eusko Alkartasuna (EA, Solidaridad Vasca), lo que acabó materializándose en la ruptura del Gobierno Vasco transversal que ambas formaciones mantenían con el Partido Socialista de Euskadi-Euskadiko Ezkerra (PSE-EE/PSOE) y en la firma del Pacto de Estella (septiembre de 1998): un frente *abertzale* que excluía a las formaciones vascas no nacionalistas (Rivera y Fernández 2019). Unos días después de su puesta de largo, ETA declaró una tregua. Pese a las esperanzas que despertó, no estaba planteada como definitiva: la banda la aprovechó para reconstruir sus estructuras, reforzar su arsenal y recabar información sobre posibles objetivos. Significativamente el parón no incluía ni el «impuesto revolucionario» ni la *kale borroka* (lucha callejera). A decir del historiador José Luis de la Granja (2003: 319), el PNV imaginaba Estella como la pista de aterrizaje del terrorismo, pero «servía igualmente como pista de despegue que, por medio del frente nacionalista allí constituido, llevaría a la ruptura con la Constitución y el Estatuto, a la autodeterminación y, en último término, a la independencia de Euskal Herria».

Por otro lado, ETA y su entorno adoptaron la estrategia de «socialización del sufrimiento», que había sido debatida durante largo tiempo en el seno de banda antes de ponerse en práctica. Por ejemplo, en un documento interno fechado en 1993 se podía leer la siguiente aportación de un anónimo dirigente de ETA:

Porque, aunque peguemos a txakurras, narcos y este tipo de gente, ellos no ven en peligro sus vidas, mientras nosotros sí la vemos y somos consecuentes. Entonces, aunque a ellos les suponga un coste social y político alto el que se sigan haciendo ekintzas [atentados], creo que es hora de que empiecen a ver peligrar lo que más queremos todos, la vida. Pues el día que un tío del PSOE o PP, PNV, va al funeral de un txakurra o cien y se le llena la boca de palabras de condena y lágrimas de cocodrilo, no ve en peligro su situación personal y asume ese tipo de ekintzas pues están hechos una piña en contra de nuestros derechos como Pueblo. Pero el día que vayan al funeral de un compañero de partido, cuando vuelva a casa quizás piense que es hora de encontrar soluciones o quizás le toque estar en el lugar que estaba el otro (o sea en caja de pino y con los pies por delante)¹².

En marzo de 1995 Joxe Mari Olarra, miembro de la Mesa Nacional de HB, había lanzado una amenaza explícita: «Hasta ahora solo hemos sufrido nosotros, pero están viendo que el sufrimiento comienza a repartirse». En julio de ese mismo año declaró que «nos va a tocar sufrir, pero ese sufrimiento lo vamos a compartir con ellos». Por si había dudas, añadió que «cuando sufran lo que nosotros estamos sufriendo, quizá se replanteen muchas cosas»¹³.

Como se ve, la estrategia de la «izquierda *abertzale*» estaba clara. Ahora bien, como advierte Raúl López Romo (2015: 82) y contra lo que se suele afirmar, la expresión «socialización del sufrimiento», como tal, «no aparece en la ponencia Oldartzen (acometiendo o arremetiendo), que sentó la línea política de HB desde 1995». Lo más interesante de dicho documento, que fue aprobado en agosto de aquel año, era que, tras denunciar la «feroz ofensiva desde los estados español y francés para destruirnos como nación y desarmar ideológicamente a los sectores más comprometidos de nuestro Pueblo», llamaba a los militantes de HB a dar «batalla» en «todos los terrenos: educativo, lingüístico, cultural, y especialmente en el terreno de los medios de comunicación». Al nacionalismo vasco radical se le encargaba la misión de recuperar el control de estas áreas estratégicas para la causa independentista¹⁴.

En realidad, ETA había inaugurado la «socialización del sufrimiento» medio año antes de que su brazo político-electoral aprobase la ponencia Oldartzen. El crimen fundacional de la campaña fue el asesinato del dirigente donostiarra del Partido Popular (PP) Gregorio Ordóñez el 23 de enero de 1995. Ordóñez no solo era parlamentario autonómico y teniente alcalde de San Sebastián, sino que las encuestas lo situaban como el ganador en las elecciones municipales que se iban a celebrar

12. *Barne buletina*, n.º 67, julio de 1993.

13. *Egin*, 13 de marzo de 1995 y 10 de julio de 1995.

14. Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, Ponencia Oldartzen, agosto de 1995.

ese mismo año. En su boletín ETA afirmó que aquel atentado «supuso un verdadero terremoto, en toda la sociedad vasca pero también dentro de la izquierda abertzale». Desde su punto de vista, había servido para dar a conocer «que la lucha no se limitaba a un «partido» entre la Guardia Civil y ETA, que también los políticos que hasta ahora aparecían como «limpios» o «fuera del conflicto» tenían una gran responsabilidad en el mismo y en este sentido que también los afectaba». Además, «el enemigo quedó totalmente «fuera de juego» frente a esta acción». La «socialización del sufrimiento» evidenciaba «uno de los frutos de nuestra dinámica: la voluntad de ir adelante, la postura de ir a ganar»¹⁵.

A partir de entonces, con el sostén de su órgano de comunicación oficioso, el diario *Egin*, y de HB (y sus siglas herederas), la banda y su apéndice juvenil se dedicaron a amenazar, hostigar, atemorizar, herir y matar a quienes consideraban «los responsables políticos que eran encargados y participantes del conflicto», como se explicó en su boletín. «El objetivo: acabar con la impunidad para provocar la opresión de Euskal Herria bajo la protección de los partidos políticos»¹⁶. En realidad, las víctimas de esta campaña fueron los afiliados, líderes y cargos electos del PP, el PSOE, Unión del Pueblo Navarro (UPN) y Unidad Alavesa, es decir, los representantes de la mitad de los vascos y navarros. (Fernández e Hidalgo 2022). Además, como ha analizado Raúl López Romo (2019), los ultranacionalistas pusieron en su diana a pacifistas, escritores, intelectuales, artistas, profesores, periodistas, juristas, librerías y otro tipo de profesionales. Y a las familias de todos sus objetivos, incluyendo a los menores de edad.

Según nuestros cálculos, 33 de las personas que ETA asesinó en la última fase de su historia respondían al perfil concreto de la «socialización del sufrimiento» o a lo que la banda consideraría «daños colaterales» producto de dicha estrategia. Aproximadamente se trató de un tercio de las 95 víctimas mortales acumuladas entre 1995 y 2010. En el año 2000 los políticos supusieron el 44 % de las personas asesinadas por la banda (Leonisio y López 2021).

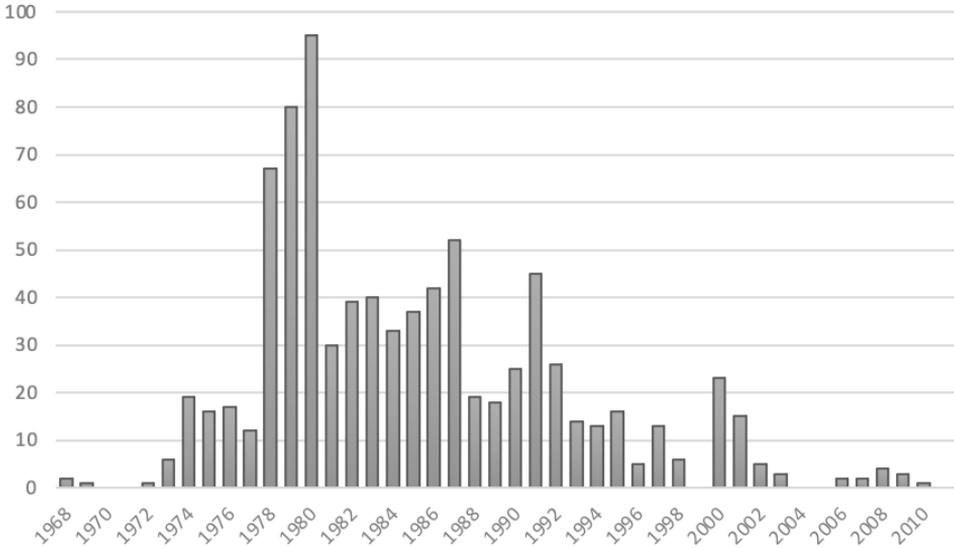
Aunque dramáticos, el número de damnificados que causó la «socialización del sufrimiento» estaban muy lejos del que el nacionalismo vasco radical había logrado durante la Transición. Hay que recordar que desde 1975 hasta 1982 las distintas ramas de ETA habían acabado con la vida de 340 personas y había herido a otras 305 (Fernández y Jiménez 2020). A partir de 1995 ETA era incapaz de sostener el nivel de violencia de antaño. Entre 1978 y 1987 la banda cometía una media de 222,7 atentados por año. En la década siguiente (1988-1998) se redujeron a 80,18, con un repunte a principios de los noventa. La banda perpetró 125 acciones terroristas en 1990, que aumentaron hasta 150 al año siguiente. No obstante, como se puede comprobar en el gráfico, a partir de la caída de Bidart de 1992 y las subsiguientes operaciones policiales, el número de sus acciones se desplomó

15. *Zutabe*, n.º 72, septiembre de 1995.

16. *Zuzen*, n.º 79, febrero de 2004.

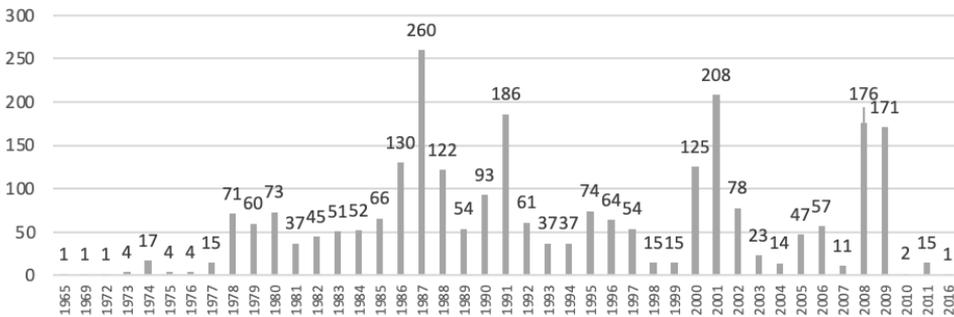
para nunca volver a recuperarse. De 2000 a 2009 ETA solo fue capaz de realizar 36,5 atentados anuales (Domínguez 2021).

2. VÍCTIMAS MORTALES DE ETA



Fuente: Fernández Soldevilla (2021).

3. EVOLUCIÓN DE LOS HERIDOS DE ETA Y SU ENTORNO ENTRE 1965 Y 2016



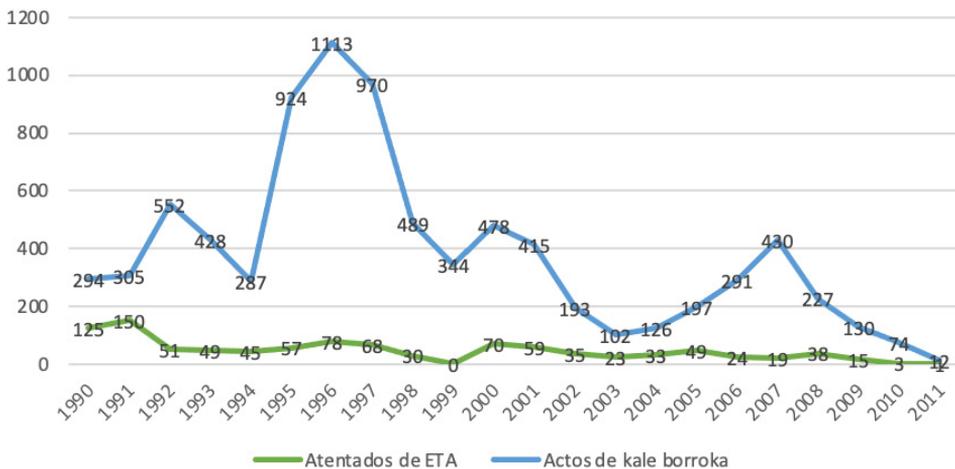
Fuente: Dirección General de Apoyo a las Víctimas del Terrorismo del Ministerio del Interior.

Para compensar la debilidad operativa de la organización terrorista, su filial juvenil (primero denominada Jarrai, reconstruida luego con los nombres de Haika y Segi) multiplicó los actos de acoso, intimidación y *kale borroka*, es decir,

terrorismo de baja intensidad. Se trató de una iniciativa que partió de la propia ETA, que reconocía en su boletín que en 1995 «se le da confianza a una nueva generación reflejada en Jarrai, gracias a la capacidad de lucha que ha venido demostrando. Surge una nueva dinámica, que en un principio se refleja en el apoyo práctico a l@s jóvenes en la lucha, pero que va creciendo¹⁷».

Según la agencia VascoPress, si en 1994 se habían registrado 287 incidentes de este tipo en el País Vasco y Navarra, al año siguiente aumentaron hasta los 924. En 1996 fueron 1.113 y en 1997, 970. En total, desde 1995 a 2011 los grupos de jóvenes radicales que giraban en torno a ETA realizaron 6.541 ataques contra diversos objetivos¹⁸. El repertorio violento de estos grupos incluía el lanzamiento de objetos y cócteles molotov, la rotura y el incendio de mobiliario urbano y vehículos, las acciones contra sedes de partidos políticos, edificios institucionales y domicilios particulares, etc. No es de extrañar que, como reveló el Euskobarómetro, para el 90 % de los vascos la *kale borroka* era un problema bastante o muy grave¹⁹.

4. VIOLENCIA DE ETA Y SU ENTORNO (1990-2011)



Fuente: Crónica de VascoPress, 12 de enero de 2015, y Domínguez (2017: 12).

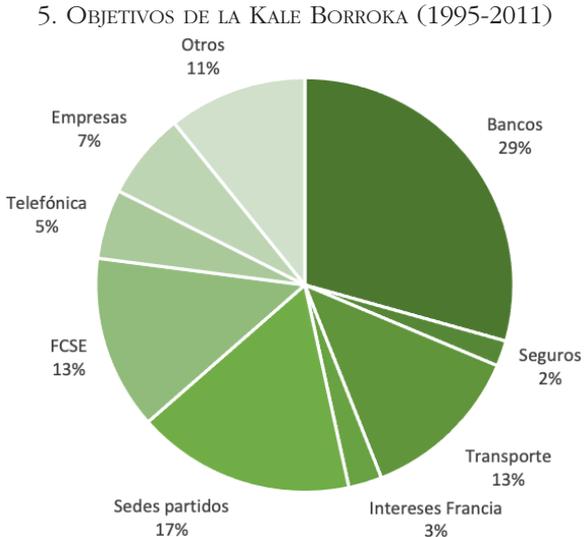
Entre 1996 y 1997 la mitad de los ataques de *kale borroka* se dirigieron contra nacionalistas moderados, pero a partir de la firma del Pacto de Estella la absoluta mayoría de ellos tuvieron como objetivo a los vascos no nacionalistas. La violencia de persecución, que no cesó durante las breves treguas que declaró la

17. *Zutabe*, septiembre de 1995.

18. *Crónica de VascoPress*, 12 de enero de 2015.

19. «Euskobarómetro», tomado de <https://www.ehu.es/es/web/euskobarometro/home>.

organización terrorista (junio de 1996, finales de 1998 y 2006), dio resultado: aisló a sus víctimas potenciales y a sus familias. Raúl López Romo (2015: 85) informa de que en 2002 había 963 personas escoltadas por la amenaza de ETA en el País Vasco, aparte de los 11.483 agentes de la ley (descontados los policías municipales), objetivos habituales de la organización.



Fuente: Crónica de VascoPress, 12 de enero de 2015.

La combinación entre ausencia de libertad, atentados terroristas, *kale borroka* y acoso sistemático por parte del nacionalismo radical hizo que un número indeterminado de ciudadanos tuviese que abandonar Euskadi y Navarra, buscando refugio en localidades del resto de España. Se trata de un fenómeno innegable, sobre el que existe una interesante obra colectiva editada por Antonio Rivera y Eduardo Mateo (2022), pero por ahora no contamos con un estudio riguroso que nos permita calcular el número exacto de los transterrados por culpa de la amenaza de ETA y su área de influencia. Con todo, es evidente que el fenómeno tuvo consecuencias profundas, siendo la principal el empobrecimiento de la pluralidad identitaria y política que había caracterizado a la sociedad vasca, lo que disminuyó la representación electoral de las opciones no nacionalistas.

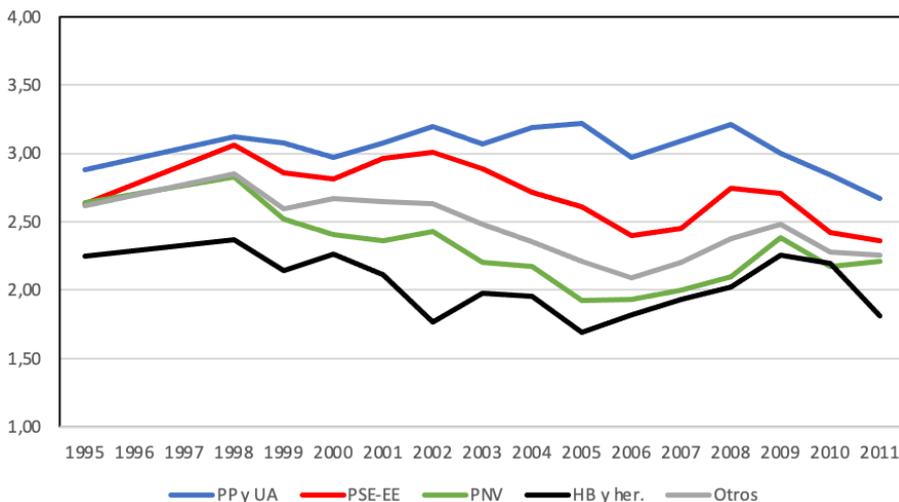
Lo que sí podemos medir son variables concretas, como las que arrojan las encuestas. Según el Centro de investigaciones sociológicas (CIS), el terrorismo de ETA se convirtió en una de las principales preocupaciones de la ciudadanía española. En noviembre de 2000, su punto más álgido, llegó a preocupar al 80,1 % de

la población²⁰. Por otro lado, de acuerdo con el trabajo que los politólogos Francisco J. Llera y Rafael Leonisio (2017) han realizado en base al Euskobarómetro, un amplio porcentaje de la sociedad vasca tenía miedo a participar en política. El temor siempre fue mucho mayor entre los vascos no nacionalistas que entre los nacionalistas. A decir de estos autores:

Antes del cese definitivo del terrorismo de ETA, los votantes del PP percibían (media del periodo de 1995 a 2011) casi tres veces más temor (el 79 % decía que mucho o bastante) que los de la izquierda *abertzale* (28 %), y los socialistas casi el doble (63 %) que los del PNV (37 %). En resumen, antes de 2011 la gran mayoría de votantes de PSE y PP percibieron, de media, miedo en su entorno a participar en política, mientras que solo lo sintió algo más de un tercio de los votantes del PNV y un cuarto del electorado de la izquierda *abertzale* (Llera y Leonisio 2017: 48).

A consecuencia de la violencia y el miedo, los vascos y navarros no nacionalistas se vieron atrapados en una espiral de silencio, fenómeno que Leonisio y Llera definen así: «los individuos tienden a ocultar sus opiniones en un grupo o contexto social en el que se sienten «minorizados» por miedo a ser estigmatizados, aislados o reprimidos por la mayoría hegemónica» (Llera y Leonisio 2017: 10).

6. EVOLUCIÓN DE LA PERCEPCIÓN DE LA EXISTENCIA DEL MIEDO A PARTICIPAR EN POLÍTICA EN EUSKADI SEGÚN RECUERDO DE VOTO



Nota: El gráfico se elabora como una escala de 1 a 4 a partir de una variable ordinal con los siguientes valores: 1 (nada), 2 (poco), 3 (bastante) y 4 (mucho). Fuente: Llera y Leonisio (2017: 35).

20. El dato del CIS, tomado en https://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos_html/TresProblemas.html.

4. LA VIOLENCIA CONTRA LA UNIVERSIDAD

Ese cambio de estrategia tuvo también su reflejo en el ámbito educativo, pero no porque de pronto el nacionalismo vasco radical pusiese el foco por primera vez en la universidad, pues, como ya hemos visto, lo había hecho desde sus inicios.

El periodo que comprende la «socialización del sufrimiento» empieza en la UPV/EHU en los últimos años del rectorado de Juan José Goiriena de Ganadarias (1991-1996), pero su momento álgido en la universidad se corresponde con los de Pello Salaburu (1996-2000) y Manuel Montero (2000-2004). A partir del 2005 la violencia en el ámbito universitario disminuyó, al igual que en el resto de la sociedad, aunque tuviera algún momento crítico.

Si exceptuamos los atentados con bombas cometidos contra la Universidad de Navarra en este periodo, en 2002 y 2008, puede decirse que los principales ataques se efectuaron contra las universidades públicas, tanto la del País Vasco como la de Navarra. No se trataba de una violencia directa y ruidosa, como lo son las bombas –teniendo en cuenta que en el campus de Leioa, en el año 2001, no llegó a explotar un artefacto colocado en un ascensor de la facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación–, pero sí constante y con un efecto parecido: mantener en tensión y bajo el terror a toda la comunidad universitaria. En el caso de las universidades públicas, además, fueron numerosos los profesores que se vieron amenazados, bien con pintadas, carteles y dianas, o con cócteles molotov en el coche, en sus casas, etc. En mucho menor medida se vivió esto en las universidades privadas, si bien es cierto que en estas también hubo profesores amenazados. Por ejemplo, el rector de la Universidad de Navarra llevó escolta desde los años ochenta y Javier Elzo, en la de los jesuitas, tuvo también que disponer de protección por las amenazas.

Hay tres razones fundamentales por las que ETA recrudesció su violencia en los campus. Por una parte, porque, al igual que en el resto de la sociedad, las manifestaciones contrarias al nacionalismo radical empezaron a ser cada vez más numerosas. Si bien desde los años 80 había grupos de Gesto por la Paz en los campus, es tras el asesinato de Francisco Tomás y Valiente (14 de febrero de 1996) cuando se da un punto de inflexión en la reacción del mundo universitario contra ETA. Las manos blancas de los estudiantes de la Autónoma y el homenaje al profesor en la UPV/EHU se convirtieron en la imagen de la fuerza simbólica y eficaz que tenía la institución universitaria como punta de lanza de la reacción contra ETA (Escala Escudero 2022: 181-208).

El segundo elemento fue el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco. El 1 de julio de 1997 la Guardia Civil había rescatado al funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, que llevaba 532 días secuestrado por ETA en un minúsculo zulo de Mondragón. La banda terrorista decidió vengarse de ese fracaso. Como amenazó el portavoz de HB Floren Aoiz, «tras la borrachera policial, puede llegar la resaca si no hay una solución política»²¹.

21. *El País*, 2 de julio de 1997.

El 10 de julio de 1997 un comando de ETA secuestró en la localidad vizcaína de Ermua a Miguel Ángel Blanco, un joven y desconocido concejal del PP. La organización dio 48 horas al Gobierno para cambiar su política penitenciaria y trasladar inmediatamente a Euskadi a los condenados por delitos de terrorismo. Era una condición imposible de cumplir. Pese a las movilizaciones masivas de la sociedad vasca, se trataba de la crónica de una muerte anunciada. A los dos días ETA asesinó al rehén. En toda Euskadi la ciudadanía salió a la calle para protestar contra aquel asesinato y pedir el fin del terrorismo. Lejos de escuchar el clamor pacifista, el nacionalismo vasco radical continuó en su huida hacia adelante. Floren Aoz calificó las manifestaciones de los «pseudopacifistas podridos» como un «terremoto de odio y venganza»²².

La muerte de Miguel Ángel Blanco supuso un punto de inflexión en la historia del País Vasco. Durante los meses siguientes nacieron por iniciativa de universitarios, fundamentalmente profesores, plataformas como el Foro de Ermua. Aunque alababan la labor realizada por los grupos pacifistas, este colectivo surgió con la idea clara de incidir sobre la acción y la palabra, y no tanto sobre el silencio, como se venía haciendo en las concentraciones y manifestaciones contra ETA, organizadas por Gesto por la Paz y otros grupos semejantes. Vio la luz en 1998 y enseguida pasó a engrosar las listas de amenazados por ETA. De hecho, cuando en junio del año 2000 ETA publicó un comunicado para reivindicar los asesinatos del concejal del PP Jesús María Pedrosa, el 4 de junio en Durango, y del periodista José Luis López de Lacalle, el 7 de mayo en Andoain, aprovechó para confirmar en esa misma nota que el Foro de Ermua se había convertido en uno de sus objetivos. Las razones eran que abogaba «a favor de la opresión de Euskal Herria y de la perpetuación del conflicto, incluso cuando ETA mantuvo de forma unilateral la suspensión de las acciones, extendiendo todo su odio y veneno bajo la protección de las fuerzas armadas de ocupación que nos oprimen»²³. Otros movimientos, como Basta Ya, también impulsado por miembros de la comunidad universitaria, se vieron también amenazados por el grupo terrorista precisamente por su oposición al nacionalismo radical (Argomaniz 2023).

La tercera razón por la que se recrudeció la amenaza contra los profesores deriva, precisamente, de lo mencionado en el apartado anterior sobre la estrategia de «socialización del sufrimiento» y el recrudecimiento de la *kale borroka* que, llevada a cabo por jóvenes abertzales, tuvo bastante presencia en el ámbito universitario. Para Antonio Rivera, profesor de la UPV/EHU en Vitoria, el «tiempo de *Oldartzen* fue de una presión muy fuerte» que también afectó a la universidad²⁴.

En las próximas páginas mostraremos esa presión a través de algunos ejemplos, a modo de cata, ya que sería imposible explicar todas las ocasiones en las que la universidad fue objeto de ataques. Básicamente se puede hablar de violencia en los campus –en continuidad con la etapa anterior–, de violencia contra

22. *El País*, 28 de julio de 1997.

23. *Gara*, 11 de junio de 2000.

24. Entrevista realizada a Antonio Rivera el 26 de marzo de 2021 en Vitoria.

personas concretas, que tuvo como consecuencia que varias de ellas decidieran abandonar la cátedra universitaria o incluso sufrieran atentados, o el caso de las bombas en la Universidad de Navarra, que fue víctima de coches bomba en este tiempo, en 2002 y en 2008.

No puede realizarse una contabilidad exacta, pues donde el terror se impone y el silencio impera, como en la universidad, se podría decir que todo aquel que vio coartada su libertad de expresión o de acción mediante la constante violencia en los campus fue víctima del terrorismo. A la vez, lo normal es que solo algunos alzaran su voz, tuvieran que huir o sufrieran una violencia más directa. También, que mucho decidieran poner tierra de por medio sin mencionar el miedo o la razón por la que huían del País Vasco o de Navarra y, en este caso, de sus universidades. En cualquier caso, las víctimas mortales de este periodo relacionadas con la universidad son Francisco Tomás y Valiente (1996), Francisco Gómez Elósegui (1997), Ernest Lluch (2000), Luis Portero (2000) y José María Lidón (2001). Entre los heridos, de nuevo si nos atenemos a este periodo, se encuentran José Ramón Recalde (2000) y Eduardo Madina (2002). Los atentados con artefactos fueron contra un guardia jurado y una secretaria de facultad en la UPV/EHU, además de la bomba que no explotó en Leioa en el 2000 y de las bombas que sí lo hicieron en la Universidad de Navarra en el año 2002 y en el 2008. Esta última tiene reconocidos más de 103 heridos.

Por otro lado, están la docena de profesores que en la década de los 2000 decidieron abandonar la UPV/EHU por las amenazas, algunos de ellos tras haber sufrido atentados con cócteles molotov en sus vehículos o en sus casas o pintadas bien en el campus, bien en sus hogares. Se trata de un número complicado de determinar, pues hubo quien hizo público su condición de amenazado (o fue evidente y reseñado por los medios de comunicación, como el caso de José María Portillo, a quien le quemaron el coche en dos ocasiones) y quien llevó en silencio y decidió no cambiar su rutina ni dejar la universidad a pesar de las advertencias de la policía sobre su aparición en listas de ETA. Dada la confidencialidad de dichos nombres, así como del número e identidad de escoltados, únicamente podemos afirmar que varios profesores nos han confirmado tal condición, aunque la mayoría prefieren continuar en el anonimato.

A todo esto hay que añadir un número indeterminado de atentados en los campus mediante manifestaciones violentas, pero todavía no se ha realizado un estudio cuantitativo de cada una de las huelgas que provocaron destrozos en la universidad, especialmente en las públicas de Navarra y del País Vasco.

4.1. El terrorismo de baja intensidad en los campus (1995-2011)

Los campus de la UPV/EHU y de la Universidad Pública de Navarra (UPNA) fueron desde sus inicios ambientes donde la izquierda nacionalista radical impuso sus ideas a través de la fuerza, mediante la convocatoria de jornadas de lucha, invasión de claustros, interrupción de clases, contramanifestaciones, etc.

Los momentos más complicados se dieron durante las jornadas que convocaba Jarrai, en las que casi siempre había altercados. Aunque muchas veces eran protagonizados por jóvenes no universitarios, los campus se convirtieron en un lugar recurrente para cometer destrozos. Así ocurrió, por ejemplo, el 24 de mayo de 1996, cuando convocó una jornada de lucha y decidió que uno de sus objetivos eran las facultades de San Sebastián: «Los asaltantes derribaron puertas a patadas, llenaron las aulas de pintadas, golpearon a alumnos y profesores, abrieron una brecha en la cara a un delegado estudiantil que intentó dialogar y llamaron ‘asesinos’ a los que llevaban lazo azul»²⁵. El reparto de panfletos con amenazas directas era una práctica habitual en la universidad. Basten como ejemplo los distribuidos por las facultades de San Sebastián en noviembre de 1996: «Si te quedas en clase alargas el sufrimiento de los presos y sus familias. No te saldrá gratis»; o «hay muchas formas de mantener la dispersión, una de ellas es quedarse hoy en clase. No queremos carceleros en la universidad»²⁶.

También Ikasle Abertzaleak (IA), sindicato ideológicamente alineado con Jarrai y dedicado a la universidad, invitaba a «luchar» en la universidad. Así lo afirmaba un documento fechado en febrero de 1997:

El profesorado debe darse cuenta de que la situación afecta a unos y otros y de que su actuación, tanto activa como pasiva, está siendo una garantía para la perpetuación de lo que ya tenemos, por lo que se debe exigir en este sentido un compromiso o al menos un posicionamiento claro. Después de esto, cada uno tendrá que ser coherente y aceptar lo que le pueda caer²⁷.

Aunque la incidencia de la violencia callejera en 1997 fue menor, la izquierda nacionalista radical continuó invitando a los estudiantes a «dar caña a los profesores fachas y españoles» así como a «quemar sus coches», y a llamarles por teléfono, tal y como rezaba un panfleto abertzale reproducido en el periódico *ABC*²⁸.

Este tipo de escenas se vieron también en la UPNA. Por ejemplo, en abril de 1998 grupos de estudiantes del sindicato IA invadieron el edificio de rectorado de esta universidad para protestar por la «discriminación» del euskera, en el contexto de un nuevo retraso en el Plan de Normalización Lingüística de la Universidad²⁹. En esta universidad también era habitual que el colectivo IA irrumpiera los claustros con violencia verbal, pancartas y, sobre todo, ocupando un espacio que no les correspondía³⁰.

En las universidades privadas el ambiente era muy distinto, pues era más complicado provocar esa presión desde dentro.

25. *El País*, 25 de mayo de 1996.

26. *Diario de Navarra*, 28 de noviembre de 1996.

27. *ABC*, 5 de febrero de 1998.

28. *ABC*, 26 de octubre de 1997.

29. *Diario de Noticias*, 8 de abril de 1998.

30. *Diario de Navarra*, 20 de enero de 2000.

Si los años de la tregua fueron complicados, más difícil aún fue el periodo que se abrió con la vuelta de ETA a las armas el 28 de noviembre de 1999. Sería imposible relatar cada uno de los episodios en los que hubo pintadas, jornadas de lucha o violencia en los campus, por lo que sirvan de ejemplo lo acontecido en mayo de 2002 y en abril del 2003.

En mayo de 2002, con el pretexto de protestar por la LOU, el claustro de la UPV/EHU fue boicoteado por IA. Unos cuantos jóvenes increparon a los miembros de las mesas, rompieron algunas urnas y atacaron la sede del Consejo de Estudiantes. Lo más grave sucedió en la Facultad de Derecho, donde Aritz Zubimendi (parlamentaria de Batasuna, que no formaba parte de la Universidad) amenazó al decano. La UPV/EHU se personó como acusación y, una vez extraditada de Francia, fue procesada y condenada por pertenencia a banda armada (De Pablo y Rubio Pobes 2005).

En abril de 2003 también hubo incidentes en claustros de la UPV/EHU. En la «jornada de lucha» de abril, la prensa se hizo eco de la detención de siete personas por los incidentes ocasionados en la Universidad del País Vasco. Un centenar de jóvenes, convocados por IA, atacaron a los miembros del claustro de la UPV/EHU que se encontraban reunidos en el aula magna debatiendo el proyecto de los nuevos estatutos para la Universidad. Según *ABC*, «los alborotadores dispararon piezas de tornillería con tirachinas y lanzaron piedras contra la puerta». Además, hirieron a dos de los vigilantes, a uno en la cabeza y a otro en la pierna, cuando intentaban detener el ataque³¹.

La gran diferencia con respecto a la etapa anterior es, precisamente, la reacción de la Universidad ante las amenazas. Jarrai e IA tenían fuerza y cometían atropellos como en los años 80, pero si bien entonces imperaba la espiral del silencio, en los años de «socialización del sufrimiento», y especialmente en los rectorados de Pello Salaburu y Manu Montero en la UPV/EHU y de Antonio Pérez en la UPNA, hubo respuesta académica e institucional contra las amenazas y los destrozos provocados por la izquierda nacionalista radical. Es precisamente esta reacción la que alimentaba aún más su necesidad de atacar, al comprobar que en uno de sus bastiones durante todos los años anteriores se levantaban voces contra ETA y su ideología.

En cuanto a la etapa final de ETA, aunque la violencia siguió estando presente, y al igual que en el resto de la sociedad, en las universidades disminuyeron las amenazas y los ataques, aunque no cesaron por completo. En el caso de la UPV/EHU, pudo influir el cambio de rector, pues en 2004 asumió el cargo Juan Ignacio Pérez Iglesias. El ambiente de tensión en los campus se rebajó, posiblemente por varios motivos, no todos relacionados con el cambio de equipo rectoral (Rivera y Mateo 2021).

4.2. Ataques con nombre y apellidos

El número de víctimas de ETA relacionadas con la universidad es amplio. Por una parte, están los cometidos antes de 1995: Juan de Dios Doval Mateos,

31. *ABC*, 9 de abril de 2003.

asesinado en 1980, además de militante de UCD era profesor de Derecho en la UPV/EHU en San Sebastián, y a Manuel Broseta, catedrático de Derecho Mercantil en la Universidad de Valencia, lo mataron en 1992.

En los años que ocupan este artículo fue asesinado Francisco Tomás y Valiente en 1996, era catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid; a Francisco Gómez Elósegui, profesor en el Instituto de Criminología de San Sebastián, lo mataron en 1997; a Ernest Lluch, catedrático en la Universidad de Barcelona, y a Luis Portero García, profesor de Derecho Penal en las universidades de Málaga, Las Palmas y Granda, en el año 2000; también en ese mismo año, José Ramón Recalde, profesor en la Facultad de Empresariales de la Universidad de Deusto, sufrió un atentado que le dejó graves secuelas y le impidió continuar con la labor docente; al catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Deusto, José María Lidón, le quitaron la vida en el 2001; y Eduardo Madina era estudiante de doctorado en la UPV/EHU cuando sufrió un atentado por el que hubo que amputarle la pierna izquierda en el año 2002.

Por otro lado, el político socialista Fernando Buesa y su escolta, el ertzaina Jorge Díez Elorza, fueron asesinados en el campus de la UPV/EHU en Vitoria, en un atentado que conmocionó a la comunidad universitaria.

Como puede apreciarse, la lista de personas vinculadas al mundo universitario que han sido víctimas directas de ETA es larga, aunque es cierto que en todos los casos mencionados hasta ahora se trata de personas que, además de trabajar en el ámbito académico, tenían una proyección pública como políticos, funcionarios o jueces. Son reseñables porque para la comunidad universitaria supusieron un ataque también contra ella, en tanto en cuanto formaban parte de la universidad. Pero es cierto que se convirtieron en un objetivo de ETA principalmente por su vida pública. En las próximas líneas nos detendremos en aquellas víctimas cuya relación es únicamente con la universidad, sin ningún tipo de relevancia en otro ámbito.

Entre los alumnos tenemos el caso de Miguel Ignacio Echeverría, estudiante de la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de la Universidad de Navarra en San Sebastián. Fue secuestrado en 1983 y por él hubo numerosas manifestaciones de protesta exigiendo su liberación. También por Daniel Garrido, alumno de la Escuela de Magisterio de San Sebastián, asesinado junto a sus padres en 1986. En ambos casos la relevancia económica o política era de sus padres, pero ellos fueron las víctimas.

Entre los profesores se encuentra el caso de Luis Manuel Allende, médico y catedrático de Prótesis en la Escuela Universitaria de Estomatología de la UPV/EHU, que fue secuestrado durante diez días en 1982 por motivos económicos, pues los terroristas exigían una gran suma de dinero por su liberación. Falleció de un cáncer de páncreas postraumático causado por el estrés del secuestro, según sentencia, unos meses después (Alonso, Domínguez y García Rey 2010).

En los años de «socialización del sufrimiento» este patrón varió, pues ya no se trataba de víctimas por motivos económicos o políticos, propios o de sus padres, sino del ataque contra docentes por expresarse en contra del terrorismo. Es imposible

saber el número exacto de profesores que tuvieron que marcharse fuera del País Vasco o de Navarra por las amenazas, puesto que a veces razones académicas y de seguridad personal se mezclaban. Tampoco es fácil saber si ETA les ponía entre sus objetivos por ser docentes o por otros motivos, pero lo cierto es que muchos profesores no estaban afiliados a ningún partido o su afiliación no era relevante, como José María Portillo o Carlos Fernández de Casadevante, pero también Jon Juaristi o Mikel Azurmendi. En realidad, no parecía tan importante que fueran o no militantes de un partido, sino que hubieran expresado sus opiniones en público. Incluso el mismo Manuel Montero estuvo amenazado debido a su cargo en la universidad como rector, y no por su significación política, al igual que el de la Universidad de Navarra, que llevó escolta desde los años 80. En las próximas líneas pondremos algunos ejemplos de personas que se vieron amenazadas directamente por ETA, siendo imposible reflejar a cada uno de ellos por razones de espacio.

Por una parte, las pintadas intimidatorias se habían convertido en algo habitual. Por ejemplo, en una de las jornadas de Jarrai de 1996 aparecieron en los despachos de algunos profesores, siendo varias una diana. En *Egin* detallaron que los alumnos fueron a los despachos de Jon Arrieta y Carlos Fernández de Casadevante, de Derecho; y de César San Juan, Sabino Ayestarán y Enrique Echeburúa de Psicología para pintarles en la entrada «carceleros» y «no te saldrá gratis». Además, el periódico citaba textualmente frases de los responsables de esos ataques, en las que justificaban de esta forma sus acciones:

Ayestarán participó en el informe contra la juventud vasca; Arrieta ha despreciado públicamente las movilizaciones abertzales; San Juan es un provocador; Fernández de Casadevante lanza en clase mítines fascistas y españolistas; y Etxeburua [sic] aconseja a los cipayos sobre las técnicas de tortura que deben usar contra los militantes vascos³².

En 1998 un comunicado difundido por Jarrai con el sarcástico titular de «Comunicado sentimental de los intelectuales», se difundió por el campus de Vitoria. En él se acusaba a los profesores José María Portillo y Jon Juaristi de «españolazos» y «traidores a la causa», acompañado de una amenaza explícita: «Las agujas del reloj marchan hacia adelante. El tiempo se está acabando»³³.

En algunos casos de la amenaza se pasaba a la acción. De hecho, estos dos profesores tuvieron que huir del País Vasco. A Portillo primero le quemaron el coche en noviembre de 1997 y por segunda vez en octubre de 1999. Para entonces ya vivía en Castro Urdiales y había dejado de dar clase por las continuas amenazas que recibía. En más de una ocasión encontró notas en su despacho con intimidaciones, como una vez en la que le decían: «Tu vida ha empezado la marcha atrás. Vete mientras te quede tiempo»³⁴. También en el verano de 1998, el profesor de Derecho Carlos

32. *Egin*, 29 de noviembre de 1996.

33. *El País*, 15 de junio de 1998.

34. *El País*, 15 de junio de 1998.

Fernández Casadevante había tenido que dejar la UPV/EHU por las constantes amenazas que recibía, incluido un paquete-bomba de fabricación casera.

En junio de 1999, en plena tregua, también el coche propiedad de los profesores de la Facultad de Filología Paloma Díaz Mas y Carlos Mota quedó calcinado por un artefacto incendiario colocado en la parte inferior del vehículo³⁵. ETA había declarado una tregua, pero para el mundo universitario –y para la calle en general– no la hubo, sobre todo por la continuidad de la *kale borroka*. Precisamente en este periodo muchos de los profesores amenazados tuvieron que empezar a llevar escolta debido a las amenazas. Según Juan Rivas, el número de profesores con escolta –incluidos jueces y fiscales que daban clase en la Universidad– rondaba los treinta o cuarenta³⁶. Hay que tener en cuenta que, desde el año 2000, se había generalizado en el País Vasco el uso de escoltas y que, tal y como señala Raúl López Romo, en 2002 llegó a haber mil personas protegidas de manera simultánea (2019: 162).

Otra de las consecuencias directas de esta situación fue que muchas personas se vieron obligadas a huir a otras zonas de España e incluso al extranjero. La universidad pública no estuvo exenta de este fenómeno de los transterrados: varios profesores tuvieron que dejar su puesto de trabajo en la UPV/EHU y marchar a otros centros. Aunque es imposible dar una cifra exacta, la lista de los docentes exiliados incluye además de a los mencionados a Mikel Azurmendi, José Manuel Susperregi, Ofa Bezunartea, Gotzone Mora, Jon Juaristi, Edurne Uriarte, Francisco Llera o Manuel Montero. Cabe destacar también entre los amenazados a Antonio Beristain, jesuita, catedrático de Derecho Penal en la UPV/EHU, fundador del Instituto Vasco de Criminología; a Mikel Iriondo, titular de Filosofía en la misma universidad en San Sebastián; o a Javier Elzo, catedrático emérito de Sociología de la Universidad de Deusto.

También hubo amenazas para el personal de administración y servicios o incluso de entre los encargados de la seguridad de las universidades. En cuanto al PAS, por ejemplo, Concepción Munilla, empleada en la Facultad de Filología y Geografía e Historia de la UPV/EHU en Vitoria, recibió un paquete bomba en 1998³⁷. Y uno de los acontecimientos que con más impacto se recuerdan en la UPV/EHU es cuando un guarda jurado se encontró una bomba en el asiento de su coche en mayo del 2001³⁸. Su identidad no trascendió, solo que tenía 22 años y trabajaba para la empresa de seguridad Prosetecnisa.

4.3. Bombas contra las universidades

En algunos casos las amenazas de ETA trascendieron a las personas concretas para atacar a la institución universitaria en general. Así, en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de Leioa se encontró una bomba en un ascensor el

35. *Crónica VascoPress* 934, 4 de octubre de 1999.

36. Entrevista realizada a Juan Rivas el 1 de octubre de 2021 en Plentzia (Vizcaya).

37. *El País*, 13 de mayo de 1998.

38. *ABC*, 24 de mayo de 2001.

19 de diciembre del 2000. El explosivo fue identificado por el escolta de la profesora Edurne Uriarte, que había sido militante del PSE-PSOE y era miembro del Foro de Ermua, por lo que se pensó que ella podía ser la destinataria de la bomba. Al estar en el ascensor de una facultad, la bomba era sobre todo una amenaza para los cientos de alumnos y profesores que se encontraban en el edificio a esas horas. Según los expertos, de haber explotado hubiera podido destruir buena parte del edificio de la Facultad, a esas horas muy transitado, y con capacidad para unas cuatrocientas personas. Fue desactivado de forma controlada por los artificieros de la Ertzaintza, Policía Nacional y Guardia Civil³⁹. Días después se supo que la bomba había sido activada pero que no había explotado por un fallo en el mecanismo. Prendieron el iniciador, lo que hizo que se desprendiera el olor a pólvora que alertó a la escolta de Uriarte⁴⁰.

No ocurrió igual en la Universidad de Navarra, donde sí explotaron las bombas que la organización terrorista colocó junto al Edificio Central tanto en el 2002 como en el 2008. En ninguno de los dos casos hubo víctimas mortales, aunque sí heridos y cuantiosos daños materiales. Al igual que en Leioa, la desgracia podía haber alcanzado a cientos de personas, sobre todo en la bomba del 2008, pues estalló a las once de la mañana en una zona de paso entre facultades. En ambas ocasiones el edificio afectado era el mismo en el que se había atentado tanto en 1980 como en 1981, con la diferencia de que las de los años 80 se pusieron en el interior. Se trata del edificio más emblemático de la Universidad, donde se encuentran tanto rectorado como el aula magna.

La del 23 de mayo de 2002 explotó casi a las nueve de la noche, media hora después de que al diario *Gara* y a la *DYA* llegara una grabación en la que se advertía de la colocación de la bomba. La Policía Nacional y la Guardia Civil estaban todavía acordonando la zona cuando hizo explosión el coche cargado con veinte kilos de explosivos. La bomba hirió a dos policías y a una mujer de 89 años, madre del bedel de la Universidad que vivía en la casa habilitada para el conserje (Marrodán Giordía 2013-2014).

El 30 de octubre de 2008 fue el último ataque de ETA contra la Universidad de Navarra. Como ya se ha mencionado, no hubo que lamentar víctimas mortales, pero por el lugar, la hora y la cantidad de explosivos, ETA podía haber causado una masacre. La bomba estaba oculta en un Peugeot 307 blanco que entró en el aparcamiento lateral del Edificio Central a las ocho de la mañana. También en esta ocasión un terrorista avisó a la *DYA* de Álava de que había una bomba «en el campus de la universidad», pero solo especificó el modelo y matrícula del turismo, no de la ciudad. La Ertzaintza y la Policía Municipal inspeccionaron el campus vitoriano de la UPV/EHU y dedujeron que se trataba de una falsa alarma, al no encontrar el coche descrito por los terroristas. Prácticamente eran las once cuando el coche, cargado con entre cuarenta y ochenta kilos de explosivos, estallaba en la

39. *Gara*, 19 de diciembre de 2000.

40. *Diario de Navarra*, 21 de diciembre de 2000.

Universidad de Navarra. Se quemaron una treintena de coches, doce de los cuales eran «bolas enormes de fuego». La nube de humo negra que se originó tardaría al menos tres horas en desaparecer, y la onda expansiva provocó la rotura de cristales tanto en el Edificio Central como en la Biblioteca. Provocó una veintena de heridos que fueron tratados en los distintos hospitales de Navarra, por cortes, problemas de audición, ataques de ansiedad, etc. Según *Relatos de Plomo*, cinco quedaron ingresados en la Clínica Universidad de Navarra (Marrodán Ciordia 2013-2014). Sin embargo, días después más de 150 personas tuvieron que ser atendidas por intoxicación, pues los gases emitidos por la bomba se habían quedado alojados en el falso techo, esparciéndose por el edificio al iniciarse las labores de reconstrucción (Marrodán Ciordia 2013-2014). Según la base de datos oficial depositada en el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, la Administración reconoció de forma oficial a 103 heridos en el atentado contra la Universidad de Navarra. Después del 11-M, se trata del atentado de la historia reciente de España con más heridos reconocidos oficialmente (Jiménez Ramos y Marrodán Ciordia 2019).

5. CONCLUSIONES

Aunque ETA ha sido derrotada y ha desaparecido como organización operativa, todavía hoy día la sociedad vasca y española sufre sus efectos. En el caso de la institución universitaria, las consecuencias de la campaña nacionalista radical, tal y como se ha señalado, son de difícil cuantificación. A lo largo de este artículo ha podido verse cómo la institución sufrió daños en sus inmuebles y persecución en forma de amenaza directa, explosivos o incluso bombas, en los edificios de las universidades o contra personas concretas. ETA obligó a la universidad a protegerse, invirtiendo cuantiosas cantidades económicas en su protección.

Por otro lado, al igual que ocurre con otros ámbitos, como el empresarial, nunca sabremos cuánto talento universitario perdió la sociedad por culpa de ETA, ni cuánto afectó el miedo a la libertad de cátedra o de opinión, construyendo a la discusión intelectual. Además de los docentes que huyeron, están los que decidieron dejar de escribir en prensa –o no empezar a hacerlo–, los que decidieron no dedicarse a la historia reciente del País Vasco o tuvieron que medir al milímetro las palabras que pronunciaban en el aula, por no saber si entre sus alumnos había ultranacionalistas vinculados al entorno de ETA, lo que va precisamente en contra de la propia esencia universitaria.

El grupo terrorista no es solo responsable de esos daños materiales y humanos, imposibles de calificar y que suponen la principal e irreparable pérdida, también de que desde el nacimiento de las universidades públicas (1980 la UPV/EHU y 1987 la UPNA) se impusiera a profesores, alumnos y personal de administración y servicios un clima de miedo y amenaza constante. En ese sentido, ETA logró uno de sus principales objetivos, pues en eso consiste precisamente el terrorismo, en infundir terror. Incluso aunque en el ámbito universitario, en muchos casos, las amenazas no se vieran consumadas, el miedo, la tensión o la coartación de la

libertad de los afectados y de toda la comunidad universitaria es la misma que ETA buscaba en otros ámbitos de la sociedad. La organización envió durante años a la universidad el mismo mensaje de terror que a otras esferas, con el fin de mantenerla bajo su control.

Sin embargo, también puede afirmarse que la universidad supo mantenerse firme frente a las amenazas y que, precisamente por esa firmeza, las hubo en mayor medida a partir de la etapa de «socialización del sufrimiento», analizada en este artículo. La respuesta cívica por parte de docentes y alumnos provocó, a su vez, el miedo en ETA a perder uno de sus frentes desde los inicios mismos del grupo terrorista. El hecho mismo de que no dejara de amedrentar a la comunidad universitaria es muestra de que esta lo combatía, pues, de otro modo, no hubiera sido necesaria esa amenaza. Aunque con deficiencias y errores, ausencias y silencio, una parte significativa de la universidad plantó cara a ETA.

6. REFERENCIAS

- ALONSO, Rogelio, DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio y GARCÍA REY, Marcos (2010): *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*. Madrid: Espasa.
- ARGOMANIZ, Javier (2023): «Basta Ya! The Basque Civic Movement and Nonviolent Resistance to ETA's Terrorism», *Journal of Pacifism and nonviolence*, Mayo, pp. 1-33.
- DE PABLO, Santiago y RUBIO POBES, Coro (2005): *Historia de la UPV-EHU, 1980-2005*. Bilbao: UPV/EHU.
- DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio (1998): *ETA: Estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*. Bilbao: UPV/EHU.
- DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio (2000): «El enfrentamiento de ETA con la democracia», en Antonio ELORZA (ed.): *La historia de ETA*. Madrid: Temas de Hoy, pp. 277-419.
- DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio (2017): «Las claves de la derrota de ETA», *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, n.º 3.
- DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio (2021): «La justicia pendiente. Asesinatos de ETA no esclarecidos», *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*.
- ESCAURIAZA ESCUDERO, Ana (2022): *Violencia, silencio y resistencia. ETA y la universidad (1959-2011)*. Madrid: Tecnos.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2021): *El terrorismo en España. De ETA al Dáesh*. Madrid: Cátedra.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2018): «A sangre fría. El asesinato de José Pardines», en Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Florencio DOMÍNGUEZ IRIBARREN (eds.): *Pardines: cuando ETA empezó a matar*. Madrid: Tecnos, pp. 77-127.
- FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka e HIDALGO, Sara (2022): «La «socialización del sufrimiento». ETA contra el pluralismo vasco (1995-2011)», en José Manuel AZCONA y Matteo RE (eds.): *El asesinato social y el relato de las víctimas de ETA*. Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 83-114.
- GRANJA, José Luis de la (2003): *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*. Madrid: Tecnos.
- JIMÉNEZ RAMOS, María y MARRODÁN CIORDIA, Javier (2019): *Heridos y olvidados. Los supervivientes del terrorismo en España*. Madrid: La Esfera de los Libros.

- LEONISIO, Rafael y LÓPEZ ROMO, Raúl (2021): «La sociedad vasca ante el terrorismo. Miedo, indignación e indiferencia», en Rafael LEONISIO, Fernando MOLINA y Diego MURO (eds.): *ETA. Terror y terrorismo*. Madrid: Marcial Pons, pp. 197-223.
- LLERA, Francisco J. y LEONISIO, Rafael (2017): «La estrategia del miedo. ETA y la espiral del silencio en el País Vasco», *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, n.º 1.
- LÓPEZ ROMO, Raúl (2015): *Informe Foronda. Los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- LÓPEZ ROMO, Raúl (2019): «La época del «conflicto vasco», 1995-2011. Aplicación de un mito abertzale», en Antonio RIVERA (ed.): *Nunca hubo dos bandos. Violencia política en el País Vasco, 1975-2011*. Granada: Comares, pp. 141-174.
- LÓPEZ ROMO, Raúl (2021): «¿Libertad para investigar? El mundo académico ante el terrorismo vasco», *Revista Internacional de Estudios sobre Terrorismo*, 4, pp. 28-44.
- MARRODÁN CIORDIA, Javier (dir.) (2013-2014): *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra 1960-1986*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- RAPOPORT, David C. (2004): «Four waves of modern terrorism», en Audrey Kurth CRONIN y James M. LUDS (coords.): *Attacking terrorism: elements of a grand strategy*. Washington: Georgetown University, pp. 46-73.
- RIVERA, Antonio y FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2019): «Frente Nacional Vasco (1933-2019). Pluralismo o nacionalidad», *Historia Actual Online*, 50, pp. 21-33.
- RIVERA, Antonio y MATEO, Eduardo (eds.) (2021): *El movimiento de víctimas del terrorismo. Balance de una trayectoria*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- RIVERA, Antonio y MATEO, Eduardo (2022): *Transterrados. Dejar Euskadi por el terrorismo*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio (2001): *ETA contra el Estado. Las estrategias del terrorismo*. Barcelona: Tusquets.
- SARRAILH DE IHARTZA, Fernando (1963): *Vasconia*. Buenos Aires: Norbait.

